

“El gato no bromea. No lo ves, no lo oyes. ¡Y entonces salta! Viene.”

—Richard Adams, *Watership Down*

# Uno

*Las grandes llanuras Gulag, marzo del cuadragésimo quinto año del orden kurian: solo quedan los huesos de una civilización, monumentos al apogeo de la humanidad. La naturaleza y el tiempo carcomen el resto. Las torres de perforación todavía resisten en este rincón de tierra petrolífera, insectos gigantes de hierro que contemplan el campo. Debajo, los surtidores se oxidan, desperdigados por la larga hierba amarillenta como herbívoros de metal, con los hocicos clavados en la tierra. Los antiguos campos de trigo, que llevan generaciones sin producir y han vuelto a convertirse en bosque autóctono o pradera, alimentan a las vacas, a los ciervos, y a los astutos jabalíes. Es una tierra donde los horizontes retroceden, un reloj detenido, intemporal.*

*El suelo de cultivo conserva el aspecto revuelto y pisoteado del arado primaveral. Las herramientas y los métodos utilizados en los tramos de tierra de labranza harían que un residente del siglo xx mirase asombrado o escupiese indignado. Los arados tirados por caballos, algunos de una sola hoja, descansan en los bordes de los campos, donde fueron abandonados en el momento de terminar, y los terrenos abonados solo con lo que sale del final de la espalda de un animal.*

*Los asentamientos agrícolas, en el centro de los campos restantes, siempre cerca de una carretera o de una vía de tren, se parecen más a campamentos de presidiarios que a granjas familiares. Rodeados de alambre de espino y torres de vigilancia, los barracones de tablillas que acogen a los trabajadores y sus familias piden a gritos una mano de pintura y un tejado nuevo que reemplace las agitadas lonas de plástico que tapan agujeros varios. Basureros y retretes agujereados en el suelo decoran los recintos entre los penosos huertos de hortalizas. Los niños que juegan entre los edificios atestados flirtean con la desnudez, de tan gastada que tienen la ropa.*

*Cerca de la puerta de estos campamentos normalmente descansa un edificio más sólido, a una distancia respetuosa de los barracones, pero evitando el contacto, como un visitante de una colonia de leprosos. A menudo una construcción sólida de ladrillo anterior al año 22; las ventanas tienen los cristales detrás de barrotes o contraventanas, y cortinas detrás de los cristales.*

*A unos pocos kilómetros al norte del lago Oologah, a lo largo de la vieja carretera estatal 60, una de estas granjas colectivas, conocida por sus residentes*

como el Rigyard, está abrigada entre unas colinas ligeramente onduladas. El campamento está rodeado por dos vueltas de alambrada alta. Los barracones distribuidos en cuadro están situados a la sombra de dos torres de vigilancia, empuñadas a su vez por dos garajes cavernosos como enormes chozas Quonset\*. Los garajes son construcciones de paredes de barro, estructura de hierro y aluminio ondulado. Detrás de ellos, en una posición dominante cerca de la puerta, un edificio en forma de «L», de ladrillo de cenizas, que data de alrededor de 1950, se pliega en actitud protectora alrededor de un grupo de surtidores de gasolina. Un depósito de agua —una adquisición reciente, a juzgar por el brillo nuevo del acero— se apoya ligeramente inclinado en lo alto, añadiendo un alegre sombrero al cuartel de la guardia. Detrás del edificio de ladrillo de cenizas, una bonita casa de dos plantas está en total aislamiento en contra del viento en el punto más alejado de los barracones, rodeada primero por un porche y luego por un cercado de alambre de espino con una puerta cerrada con candado.

Cada torre de vigilancia contiene un solo centinela vestido con un uniforme de camuflaje de color verde y marrón y un gorro de caza de piel negra. El centinela del sur es el que está más alerta; de vez en cuando cruza su pequeño nido de cuervo para recorrer con la mirada la carretera que limita con el cercado del sur del campamento. El centinela del norte muerde una serie de mondadientes con unos incisivos como de castor. Mira a un trío de mujeres vestidas con guardapolvos que lavan la ropa en la pila comunitaria situada entre los barracones.

Si el otro guardia estuviese provisto de unos prismáticos excelentes —improbable, pero posible—, una vista perfecta —todavía menos probable, ya que la vigilancia de los granjeros y los mecánicos está reservada para los miembros de más edad de los territorios—, y una suficiente inteligencia para llevar a cabo su deber —se me viene a la mente la frase «día frío en el infierno»— habría prestado atención a la hondonada que serpentea por la colina que protege al Rigyard de los vientos imperantes. El trozo arbolado de la colina ofrece un amplio escondrijo y una vista dominante, tanto para una simple vigilancia como para un ataque organizado.

Una figura que posee todas esas cualidades está tumbada en esa colina, rodeada por las flores silvestres blancas, amarillas y rojas de la primavera de Oklahoma. Es un joven musculoso, de piernas largas, piel cobriza y unos ojos castaños y desconfiados. Vestido de una manera no muy distinta a la de sus ancestros de la rama sioux de la familia, lleva un uniforme de ante, excepto por un cinturón de herramientas, y unas botas de un cuero más grueso. Lleva el lustroso pelo negro peinado hacia atrás y recogido en una cola de caballo, y crea la ilusión de llevarlo casi rapado desde todos los ángulos, excepto desde detrás, donde le cuelga hasta los hombros. Mantiene una expresión absorta mientras examina el campamento. Un joven guepardo vigilando un abrevadero podría exhibir la misma cautela, no muy seguro de si la vegetación contiene caza o un león listo para atacar. Sus ojos se pasean de un punto a otro del campamento con ayuda de unos prismáticos negros, y se detienen aquí y allá mientras su antebrazo le sirve de monopié. Como el guardia de dientes salientes de la torre sur, su boca tampoco está ociosa y mordisquea pensativamente el extremo tierno de una brizna de hierba sin semilla.

---

\*Quonset: marca comercial utilizada para una choza portátil prefabricada que tiene un techo semicircular de metal ondulado que se curva hacia abajo para formar las paredes (N. de la T.).

*Su mirada regresa al patio cercado con alambre de la casa de dos pisos. En el patio trasero de la casa, cubierto de césped, hay dos postes metálicos con forma de «T» uno enfrente del otro, y falta la cuerda para tender la ropa que en su día los unió. En lugar de la colada secándose bajo el sol de la tarde, tres hombres y una mujer están penosamente atados a la horca improvisada. Tienen las muñecas unidas a la espalda y atadas a la viga transversal metálica que hay sobre sus cabezas con la suficiente tensión como para dislocar un hombro si se caen de sus ataduras.*

*Sabe que a los cuatro les espera la muerte, no por un doloroso agotamiento o por el frío, sino por algo más rápido, más espantoso, y tan seguro como la puesta de sol.*

El teniente de la compañía Foxtrot bajó los prismáticos y fijó la mirada en un punto situado unos pocos metros por delante de él, una floreciente judía color coral, con sus delicadas espigas rojas inclinadas hacia el sol. La distracción no funcionó; aunque estaban a un kilómetro largo de distancia, todavía podía ver las figuras angustiosas del patio. Sus hombros palpitaron con un dolor solidario. Después de cuatro años al servicio de la causa, su sensibilidad hacia el sufrimiento había aumentado, en vez de disminuir.

El teniente David Valentine volvió a bajar la vista hacia la hondonada. Su pelotón, que constaba de treinta y cinco personas en total, descansaba con las espaldas apoyadas contra los árboles frondosos, y utilizaban las mochilas para que sus traseros no tocasen la tierra empapada por la lluvia. Habían recorrido un gran trecho después de rodear la orilla septentrional del lago Oologah aquella mañana, y se habían movido con paso regular y rápido. Los rifles descansaban en sus regazos, preparados. Llevaban uniformes de piel adornados con múltiples colores. Algunos todavía llevaban barba de invierno, y no había ni dos sombreros iguales. El único equipo que compartían sus tres pelotones era el machete corto y de hoja ancha, conocido como parango, aunque algunos lo llevaban en el cinturón, otros cruzado sobre el pecho, y otros enfundado en las polainas de los mocasines de piel.

No parecían una mezcla de ciencia legendaria y alienígena, parte de una casta de elite conocida como los cazadores.

Valentine señaló con dos dedos a los hombres que esperaban en la hondonada, y el sargento Stafford subió por el arroyo para reunirse con él en el helecho húmedo. El sargento del pelotón, conocido fuera de servicio como Caimán por su piel curtida y porque cuando sonreía enseñaba mucho los dientes, se movió lentamente hacia donde indicaba Valentine. Sin decir nada, el teniente le pasó a Stafford sus prismáticos. Stafford examinó el recinto mientras Valentine mordisqueaba otro centímetro del tallo de hierba que sujetaba con los dientes.

—Parece que la carrera ha sido en vano —dijo Valentine—. El tractor del tráiler entró aquí. De todas formas no lo habríamos interceptado... Este tramo de carretera debe de ser muy bueno.

—¿De dónde saca eso, señor? —dijo Stafford, mientras buscaba en el recinto, en vano, cualquier señal del camión cisterna que habían descubierto

aquella mañana avanzando lentamente bajo la lluvia. El pelotón había corrido campo a través para tenderle una emboscada al tentador objetivo. Gracias al estado de las carreteras en aquella parte de la zona kurian, el tanque no se podía mover mucho más rápido que los lobos.

—Mire los surcos al lado de la puerta, al doblar el camino. Tienen que haber sido hechos por un dieciocho ruedas —dijo Valentine.

—Podrían ser de ayer... Incluso de antesdeayer, Teniente.

Valentine levantó una ceja.

—No hay charcos. La lluvia habría llenado algo tan profundo. Se han hecho después de terminar el chaparrón... ¿Hace cuánto? ¿Media hora?

—Eh... De acuerdo, sí... Así que el camión está en uno de esos garajes grandes, y están trabajando en él. Nos ponemos en contacto con el capitán, el resto de la compañía está aquí en un día o dos, y quemamos el recinto. Calculo que como mucho hay quince o veinte tíos vigilando este sitio. Diez es más probable.

—Nada me gustaría más, Staff. Sin embargo, el tiempo es un problema.

—Val, sé que andamos escasos de comida, pero siempre es así. En estos bosques hay suficiente caza y forraje...

—Perdón, Caimán —dijo Valentine, volviendo a coger los prismáticos—. Lo he dicho mal. Debería haber dicho que es a ellos a los que se les está acabando el tiempo.

Stafford arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Qué, esos cuatro que están atados allí? Vale, es repugnante, pero ¿desde cuándo nos hemos preocupado por los castigos impuestos por estos comandantuchos territoriales?

—No creo que sea simplemente un castigo —dijo Valentine, ahora con los ojos clavados en la casa de dos plantas.

—Caray, señor, usted sabe que estos asquerosos colaboradores... Le darían una paliza a una mujer por no quitar las huellas de un patinazo de su ropa interior. Esos cuatro probablemente fueron los últimos en salir de los barracones al pasar lista o algo. Sabe Dios.

Valentine esperó un momento, mientras se preguntaba sobre si darle voz a una sensación.

—Creo que son el desayuno. Hay un segador en esa casa, tal vez más de uno.

El sargento Tom Stafford palideció.

—¿Co... cómo sa... sabe eso, señor?

Valentine leyó el miedo del sargento con una especie de alivio. Quería que sus subordinados les tuviesen un miedo mortal a los segadores. Cualquier hombre que no temblase ante la idea de enfrentarse a un par de capuchones era o un tonto o un inexperto, y ya había demasiados lobos inexpertos en la compañía Foxtrot. Si todo el grupo, oficiales incluidos, estaba compuesto de tontos o no, era una pregunta que a veces Valentine discutía consigo mismo en las largas noches de invierno.

—Mire la primera planta de la casa, sargento —dijo Valentine, al tiempo que le volvía a pasar los prismáticos—. Hace un buen día. Alguien está dejando pasar el aire primaveral. Pero esa segunda planta... con las contraventanas cerradas. Creo que hasta veo una manta metida

entre las tablillas. Y ese pequeño tubo de estufa que sale de la pared... Eso tiene que ser para un dormitorio, no para una cocina. ¿Ve el vapor? Alguien tiene un fuego encendido.

—Oscuro y cálido. A los capuchones les gusta así —asintió Stafford.

—Apuesto a que después de que se ponga el sol, el visitante saldrá y se ocupará de sus cosas. No se alimentará hasta que sea casi por la mañana. No se arriesgaría a comerlos antes de que pudiera volver a ponerse a dormir a salvo... Ya sabe lo atontados que se quedan después de comer.

—Vale, señor, entonces ese es el momento para atacarlos. Mañana por la mañana. —Stafford no podía evitar que la emoción embargase su voz—. Tal vez incluso el capitán pueda llegar hasta aquí para entonces. Esa refinera que está explorando no puede estar a más de cincuenta kilómetros de aquí. Se alimentan, llega el amanecer, y se esconden en esa casa. Se la incendiamos, incluso si vuelve a llover, y tenemos armas suficientes para derribarlos, y contenerlos hasta que podamos entrar con las espadas.

—Ese sería exactamente mi plan, sargento —asintió Valentine—. Salvo por una cosa.

—¿Qué? ¿Piensa que esa casa no arderá si vuelve a llover? Esas velas fosforescentes..., las he visto quemar estaño, señor. Servirán.

—No entiende por dónde voy, Staff —dijo, al tiempo que escupía la brizna de hierba bien mordisqueada—. No voy a permitir que los capuchones les pongan la lengua encima a esos pobres bastardos.

Valentine sabía que la palabra «incrédulo» probablemente no formara parte del vocabulario del sargento del pelotón, pero la expresión de Stafford ilustraba perfectamente el significado de la palabra.

—Eh... Señor, yo también lo siento por ellos, pero caray, es demasiado riesgo.

—Tener a treinta lobos a menos de un kilómetro de los segadores también es un riesgo. Aunque nos concentremos en bajar el aura vital, todavía nos podrían pillar. Entonces nos enfrentaríamos con unos segadores que vendrían hacia nosotros en la oscuridad.

El ojo izquierdo de Stafford tuvo un tic. Los segadores no cazaban guiándose por la vista o por el olor, sino por la energía creada por los seres vivos. Energía que los señores de los segadores codiciaban.

—El sol no espera —continuó Valentine—. Vamos a atacarles ahora, mientras la mayoría de los guardias está en los campos. Vigila desde aquí arriba y silba si pasa algo.

El teniente volvió hasta su pelotón, caminando hacia atrás sobre el vientre hasta que llegó al corte de la ladera. Reunió a sus tres escuadrones a su alrededor.

—Cabezas arriba, segundo pelotón. El capitán nos ha dado instrucciones de armarla si tenemos oportunidad, y la acabamos de encontrar. Hay un recinto civil bien grande al otro lado de esta colina. Parece de jornaleros y tal vez algunos mecánicos... Hay un par de garajes grandes detrás del alambrado. Dos torres de vigilancia

con un hombre en cada una. Me imagino que la mayor parte de los hombres sanos está en los campos del norte, y la guarnición los está vigilando. Lo más probable es que queden solo unos pocos en el recinto, contando a los dos de las torres. Parece que también puede haber capuchones.

Valentine les dio un momento para digerir aquello. La mayor parte de la compañía Foxtrot estaba compuesta de lobos novatos, reconstruida después de que les chupasen la sangre en una acción al este de Hazlett, Missouri, en el verano del 65. Cada uno de sus tres escuadrones tenía solo uno o dos veteranos dignos de confianza; la mayoría de los hombres experimentados estaban con el capitán o dirigiendo patrullas más pequeñas en aquella incursión de exploración en las tierras Gulag al norte de Tulsa. Aunque todos habían pasado por el duro entrenamiento de la comandancia del sur, solo un puñado de sus hombres había cruzado el abismo que hay entre el entrenamiento y la experiencia. Pero los novatos estaban impacientes por mostrarse como verdaderos lobos, y todos tenían razones para odiar a los segadores y a los colaboracionistas que los ayudaban.

Los ojos de Valentine buscaron entre los rostros expectantes un par de rostros jóvenes casi angelicales.

—Jenkins y Oliver, coged un mapa y dirigíos al sur. El sargento Stafford os mostrará el sitio donde se supone que está el cuartel general del capitán. Si no está allí, regresad al campamento de verano que hay al sur de la presa de Pensacola e informad. Si le encontráis, decidle que estamos a punto de atacar a unos segadores. Me imagino que los territoriales reaccionarán, y que en este lugar convergerán columnas de todas partes. Tal vez él pueda tenderle una emboscada a una. Nosotros vamos a ir al este y vamos a esperar en el campamento. ¿Entendido?

Marion Oliver levantó la mano.

—Señor, ¿no podemos participar en el ataque y después ir a buscar al capitán?

Valentine negó con la cabeza.

—Oliver, seguro que me vendría muy bien vuestra ayuda, pero en caso de que esto se vaya al carajo, el capitán querrá saber lo que encontramos, dónde estábamos cuando lo encontramos, y qué íbamos a hacer al respecto.

»Bueno, cuando antes estuvo lloviendo, vi a algunos de vosotros con esos nuevos ponchos para la lluvia que sacasteis del almacén que allanamos hace un par de días. Necesito que me prestéis tres, y dos voluntarios...

Una hora después, Valentine bajaba por la carretera desierta hacia el campamento, mientras veía cómo se volvían a formar nubes al suroeste. Esperaba que durante la noche cayese más lluvia. Eso ralentizaría la persecución.

Llevaba un impermeable verde, un poncho que olía a petróleo, que le había prestado uno de sus hombres. Dos de sus mejores tiradores le seguían justo detrás, enérgicos y valientes a la luz del día, ataviados

también con los impermeables robados a los colaboracionistas territoriales. Valentine llevaba una manga metida en la otra para esconder las manos... y lo que tenía en las manos.

Mientras el trío se acercaba al campamento, el guardia de la torre sur que estaba cerca de la carretera hizo un gesto perezoso con la mano y gritó algo al cuartel de la guardia, hecho de ladrillos de ceniza, que tenía debajo. Valentine captó un olor a humanidad concentrada por delante de él, junto al olor a gasolina y aceite.

Como todos los lobos, tenía un agudo sentido del oído y del olfato, y la resistencia de una mula, regalos de los tejedores de vida, aliados de la humanidad en la batalla contra sus hermanos caídos del planeta Kur. Valentine utilizó el oído mientras se aproximaba al campamento, concentrándose en los dos guardias que se acercaban a la puerta.

—El tío de delante parece indio, si quieres saber mi opinión —le comentó una figura uniformada a su colega. Valentine, todavía a unos cien metros de distancia, oyó cada palabra como si estuviese a tres metros.

—Igual es osage\*, o algo.

—No quiero, Gómez —contestó el mayor de los dos, rascándose pensativamente la barba incipiente del mentón—. Mejor vete a decirle al teniente que unos desconocidos están viniendo hacia la puerta a pie.

—Franks se está tomando una cerveza con el conductor del camión. Probablemente deben de haberse tomado seis, ya.

—Mejor vete a decirselo, o te despellejará. Se pone nervioso con los visitantes.

Valentine le quitó el seguro a la pistola que llevaba en la mano izquierda. El arma que tenía en la derecha era un revólver; cubrió el percusor con el dedo pulgar para que no se enganchara cuando lo sacase de las anchas mangas del abrigo. Los segundos se alargaron a medida que los lobos se acercaban a la puerta. El territorial llamado Gómez regresó con un hombre alto y delgado, que tiró un cigarrillo al salir de la casa del portero.

—Mierda, cuatro en la puerta... —murmuró Alpin, el joven lobo, detrás de él.

—Ceños al plan. Solo quiero que vosotros dos cojáis al tío de la torre —dijo Valentine, acelerando el paso—. ¡Hola! —gritó—. Tendría que ver al teniente Franks. Está aquí, ¿verdad? Tengo un mensaje para él.

El guardia aburrido de la torre sur se inclinó para escuchar el intercambio de abajo, con el rifle preparado pero apuntando hacia el cielo. Valentine echó un último vistazo al recinto. Detrás, hacia los barracones, unas pocas mujeres y niños estaban sentados en cuclillas en los escalones o miraban a los visitantes a través de unas ventanas diminutas.

El teniente alto avanzó y miró detenidamente a Valentine a través de la alambrada, con la mano en la rígida funda de lona de su pistola.

—No te conozco, chaval. ¿Dónde está el mensaje, y quién te ha mandado?

---

\*Osage: tribu de indios norteamericanos (N. de la T.)

—Es verbal, teniente —respondió Valentine—. Déjeme pensar... Es algo así: eres un *comemierda*, un traidor y un asesino, una vergüenza para la raza humana. Eso es, más o menos.

Los guardias del otro lado de la puerta se quedaron helados.

—¿Eh? —gruñó Franks. La mano de Franks cogió el arma del cinto, y el velcro del cierre hizo un ruidito parecido a un desgarró, pero Valentine tenía las dos pistolas fuera antes de que la mano del colaboracionista llegase siquiera a la empuñadura. Valentine le pegó dos tiros de la automática y uno del revólver en el pecho, y los miembros del oficial se sacudieron con los impulsos nerviosos generados por el impacto de las balas mientras caía.

Detrás de él, los dos lobos levantaron sus carabinas. Uno tuvo un pequeño problema con el poncho, lo que le retrasó un segundo, pero Alpin le metió al guardia una bala por la barbilla mientras el centinela estaba todavía poniéndose el rifle al hombro. El otro lobo sacó su arma a tiempo para pegarle otro tiro a la figura tambaleante mientras el rifle de recámara caía de la torre.

En el tiempo que le llevó al rifle del guardia caer al barro desde seis metros de altura, Valentine vació sus dos pistolas contra el otro colaboracionista de la puerta. Los tres lobos se lanzaron a la cuneta de la carretera, y se salpicaron con el agua encharcada. Valentine dejó el revólver vacío, puso un cargador nuevo en la automática, y deslizó el mecanismo para cargar la primera descarga. Un tiro disparado desde la torre norte pasó silbando por encima de sus cabezas.

Alpin se deslizó por la zanja mientras Valentine asomaba un ojo y el brazo que sostenía el arma por encima del borde de la depresión, y el arma siguió su mirada en su examen de la puerta y las ventanas del viejo cuartel de la guardia. Una puerta sin cerrar con una mosquitera metálica y la palabra «BIENVENIDOS» encajada en la decoración chirriaba bajo el viento racheado. Valentine volvió a retroceder a la zanja.

—¿Pruebo la puerta, señor? —preguntó Baker, con el agua turbia goteándole de la cara.

Valentine meneó la cabeza.

—No te muevas, y espera al sargento.

Un poco más abajo de la zanja, Alpin se asomó para intercambiar disparos con la torre norte.

—¡Alpin, no te levantes! —gritó Valentine.

El lobo volvió a subir su arma, y una bala atravesó el suelo justo delante de su cara. El barro salió volando, y con un grito de dolor, Alpin tiró su arma y se tapó el ojo derecho. Valentine se arrastró hacia el joven, maldiciendo entre dientes, cuando oyó un ruido húmedo seguido por el estallido del disparo. Alpin cayó hacia atrás en la zanja. Valentine se arriesgó a precipitarse sobre su soldado, cuyo ojo bueno pestañeaba al lado de la ruina sangrienta del otro.

El gemido desafiante de una sirena accionada por manivela resonó por el campamento mientras tiraba de Alpin por la zanja, tratando de poner el cuartel de la guardia entre el francotirador y ellos. Stafford tenía un pelotón atacando la alambrada del norte. Valentine oyó un disparo y

el ruido de un cristal al romperse, mientras su otro pistolero disparaba a Dios sabe qué que estaba dentro del cuartel de la guardia.

Valentine encontró la herida en el brazo de Alpin y apretó fuerte para detener la hemorragia. Afortunadamente, el flujo pegajoso brotaba por debajo de la palma de su mano en una corriente constante, no en cortos latidos arteriales. Llamó al otro lobo.

—¡Baker! ¡Han alcanzado a Alpin!

—Alguien se acercó a la ventana de allí... Fallé —farfulló Baker.

—Baja la cabeza. Ven *p'acá* y ayúdame a ponerle una venda —ladró Valentine.

Baker se acercó corriendo, pero en cuanto vio a Alpin puso cara de no saber qué hacer. El aprendizaje de primeros auxilios siempre tenía lugar en un prado tranquilo, no sobre una zanja húmeda sin espacio para moverse.

Valentine dejó escapar un suspiro de exasperación.

—No importa. Simplemente presiona justo aquí —dijo, al tiempo que colocaba la mano de Baker en la parte inferior del brazo de Alpin, justo debajo de la axila—. Aprieta fuerte. No te preocupes; está en estado de *shock*. No siente nada.

Valentine volvió a asomar la cabeza; todavía no había señales de los otros lobos, aunque ya no llegaban más disparos procedentes de la torre norte. O bien el guardia había huido, o le habían disparado. Baker pareció cogerle el truco a lo que estaba haciendo, y controló la presión del torniquete.

—¡Señor, señor! —gritó alguien desde el cuartel de la guardia—. Nos rendimos... Me rindo, quiero decir. Voy a salir, sin armas. Llevo a una mujer conmigo.

—Solo soy un ama de llaves. ¡No soy de los territoriales! —añadió una voz de mujer.

Valentine volvió a mirar fuera de la zanja.

—¡Entonces salid! —gritó—. ¡Con las manos en alto!

La puerta que ponía «BIENVENIDO» se abrió, y salió un joven vestido con traje de camuflaje, seguido por una mujer con un sencillo guardapolvo. Valentine dirigió la pistola hacia el territorial.

—¡Tú, el del uniforme! ¡Boca abajo, y al suelo! ¡Ya!

El territorial obedeció. No llegaban más disparos del otro lado del recinto, pero Valentine pudo ver a unos cuantos de Oklahoma que corrían desde los barracones hacia la alambrada del norte. Los lobos debían de haber llegado al recinto.

—Abre la puerta, por favor. —La mujer se apresuró a obedecer. La puerta abierta giró con facilidad sobre sus bisagras, y Valentine entró en el campamento. Caminó hacia el territorial, que seguía en el suelo, con el rostro de lado, y mirando a Valentine con miedo.

—Terri, mejor me dices quién está en la casa, a menos que quieras cabrear al hombre que te está apuntando a la cabeza con un arma.

—Señor, hay cuatro calaveras, y algún administrador de Tulsa. Y yo en realidad no soy un territorial, solo llevo el uniforme porque soy de los transportes. Conduzco camiones. Solo conduzco camiones, lo juro.

—¿Trajiste hoy un camión cisterna hasta aquí?

—Sí, señor... Fui yo. Tienen un surtidor para los vehículos de carretera y los tractores. Tenía que pasar la noche aquí en el Rigyard, entonces...

—He encontrado al teniente —gritó una voz. Un lobo apuntaba su arma desde una esquina del cuartel de la guardia, cubriendo la puerta.

—Sargento, el teniente Valentine está aquí. Está bien —añadió otra voz.

—Vigilad a estos dos —ordenó Valentine—. Sánchez, ayuda a Baker a llevar a Alpin dentro. —La cabeza y los hombros de Baker asomaron como los de un perro de las praderas curioso. Unos lobos se apresuraron a ayudarlo con su compañero herido.

El recinto era un caos. Los civiles de Oklahoma, en su mayoría mujeres y niños, se apiñaban por todas partes, gritando y llorando de emoción. Los lobos se habían apostado alrededor de la casa de dos plantas, y apuntaban sus rifles desde diversos escondites, pero ninguno estaba deseoso de acercarse más de lo que fuese absolutamente necesario. Un par de lobos habían cogido un caballo y lo habían interpuesto entre la casa y ellos mientras liberaban a las cuatro figuras que colgaban del viejo tendero metálico en forma de «T». El sargento Stafford condujo a estos últimos entre un grupo de fusileros con los cañones dirigidos hacia la puerta de atrás de la casa.

Valentine le hizo un gesto a un cabo.

—Pon a algunos hombres en aquella torre del sur. Quiero saber si aparece algo en la carretera.

Miró al horizonte. Con aquellas densas nubes, oscurecería en menos de una hora. Tenía que trabajar rápido. Si por lo menos tuviese una hora... Si los segadores se sentían lo bastante amenazados, simplemente huirían. Dudaba que pudiera impedir que los cuatro se escapasen. Y una vez que volviese la noche, devolviendo a los segadores el uso completo de sus sentidos, los triunfantes lobos podrían convertirse en ovejas tentadoras. El Rigyard podría convertirse en una trampa mortal.

Valentine observó el rescate de las cuatro víctimas atadas, y luego regresó trotando hasta su prisionero, el camionero. Un par de lobos estaban encima de él, obligándole a agacharse, cara a la pared, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza. Valentine les despidió con un gesto de la mano y se puso de cuclillas enfrente de él.

—Este es el trato, amigo. Normalmente cuando cogemos a un hombre que lleva el uniforme del enemigo, nos encargamos de él con una bala o una soga, si hay tiempo suficiente. ¿Sabes qué es el territorio libre de los Ozark?

—Sí, señor. Sois los de las colinas al sur de Missouri y Arkansas.

—Puedo arreglarlo para llevarte allí —dijo Valentine.

Los ojos del joven se pusieron como platos.

—¿Qué? ¿Para que me cuelguen?

—No, como hombre libre. Solo necesito que conduzcas el camión una vez más.

—Déjeme que adivine: ¿una misión suicida?

Valentine sonrió.

—Puede ser. Pero yo te acompañaré.



envuelta en una capa negra cayó con fuerza y cogió a Ostlander por el cuello. El conductor se sacudió con un espasmo —los oídos de Valentine captaron el chasquido de las vértebras al separarse— y luego se combó con la cabeza cayéndole hacia delante. Los disparos de los lobos escondidos desgarraron la túnica negra. El segador los ignoró; el pesado tejido amortiguaba la energía cinética de las balas, y el cuerpo robusto del segador hacía el resto.

Probablemente, más que verlas, el segador oyó las llamas que se acercaban. Arrojó al moribundo Ostlander, se levantó y saltó por encima del tejado de la casa en un salto que desafiaba a la gravedad. Cuando Valentine vio que sus lobos se tiraban al suelo, siguió su ejemplo. Se arrojó al suelo con las manos a los lados de la cabeza, tapándose los oídos con los pulgares y la nariz con los meñiques. El camión cisterna explotó con un *pum*. Valentine sintió que una ráfaga de aire caliente le lamía la espalda antes de que la conmoción cerebral lo dejase sin sentido.

Se despertó, con el vago recuerdo de un sueño delicioso. Aquella maravillosa sensación de dejarse llevar se disipó mientras sus ojos se fijaban en el cabo Holloway, el suboficial.

—Buenas noticias, Holloway —murmuró Valentine, todavía medio dormido—. Me gusta la manera en la que te conduces y manejas a los hombres. Te voy a recomendar al capitán para un ascenso a oficial. ¿Quieres el trabajo?

Holloway empezó a sonreír; luego frunció el ceño.

—Greg, dile al sargento que el teniente se ha despertado. Está algo grogui.

¿Gregs? ¡Peligro! Valentine volvió rápidamente a Oklahoma, un largo tobogán de vuelta a la realidad. Olfió a neumático quemado y a carne carbonizada, y se dio cuenta de que yacía en los fríos confines de la casa del guarda. Miró a su alrededor, al mobiliario tosco y escaso, se incorporó, y le dieron náuseas.

—Bien, Holloway... ya estoy mejor. Agua, por favor —dijo una voz ronca, y Valentine tuvo que convencerse a sí mismo de que era la suya.

Holloway le tendió una taza de hojalata, y Valentine la vació de un trago.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unos quince minutos, señor. Bueno, más bien veinte.

—¿Los segadores?

—Mejor que se lo explique el sargento, señor. Pero ahora mismo no creo que haya nada por lo que preocuparse.

Stafford irrumpió alegremente, con una sonrisa de alivio en el rostro.

—Está oscureciendo, señor. Ninguna señal de los destacamentos de trabajo ni de sus guardias. Probablemente vieron el humo y ataron cabos. Tengo a todo el mundo preparado para partir. Hay un par de furgonetas que podemos utilizar. He puesto a Alpin en una. El gran Jeff se ha ofrecido a conducirla. Podríamos sacarle a usted en la otra. Holloway es bueno al volante.

Valentine se levantó, y el mareo se desvaneció.